

# Efemérides

## UN BRINDIS DE PICON SALAS

Hace poco tiempo el escritor M. Picón Salas fué a Curazao invitado por una sociedad cultural de cuyo nombre no puedo acordarme. Una especie de Sociedad de Amigos del País. El nombre no hace al caso. Nuestro gran escritor se sintió conmovido por lo heterogéneo del auditorio que acudió a sus conferencias. Allí, rodeado de judíos, calvinistas y católicos alzó su brindis caluroso por el derecho a la Heterodoxia, es decir a la herejía. Brindó por Holanda "que desde Erasmo siguiendo con su gran siglo XVII que fué el de Spinoza y de Grotio luchó como ninguna nación europea por la libertad de conciencia y fué asilo de los intelectuales perseguidos en toda Europa".

De haber estado allí presente yo habría aplaudido las palabras generosas de Picón Salas. Siempre es la alabanza, obligada respuesta a la generosidad de los anfitriones. Indelicadeza suma habría sido exigir la fundamentación histórica de los conceptos emitidos en un brindis. Pero una vez que se ha dado a la prensa el contenido de aquellas conferencias y de aquel brindis en la antilla holandesa, no creo que haya peligro de indiscreción en manifestar mis dudas sobre la objetividad de algunas de sus afirmaciones.

Bajo el epígrafe "Heterodoxia en Curazao" se asentaba como tesis que en la crisis religioso-política de los Países Bajos, Holanda luchaba frente a Felipe II por la libertad de conciencia. Más aún, que a diferencia de España (inquisitorial e intolerante), Holanda vino a recoger en su propio suelo y en sus colonias una copiosa cosecha cultural, fruto de su libertad de conciencia.

La tesis no es nueva. La historiografía protestante la afirma como un dogma que no pocos católicos aceptaron sin detenerse a hacer una comprobación elemental. Es la vieja leyenda que tejió la figura del "demonio negro del Mediodía" mientras aclamaba a Guillermo el Taci-

turno como el "ángel tutelar de la libertad". Así llamó Schiller al Príncipe de Orange que ajustó su conducta a las máximas de Maquiavelo haciendo de "El Príncipe", su lectura favorita, su breviario político. Hoy la historiografía revisionista no puede admitir que en un conflicto tan complejo como el de los Países Bajos se enfrentaran de un lado la tortura, la reacción y el oscurantismo, y del otro la tolerancia, el progreso y la razón pura. Es típico el caso del historiador M. Groen. Al hacer la primera edición de los "Archives de la maison de Nasau" no disimuló la vieja leyenda en torno al Monarca español. En la segunda había cambiado enteramente de parecer. Estaban de por medio sus propios hallazgos en Bessansón.

Sería vana pretensión intentar dar en pocas páginas una visión de conjunto de la crisis a que me vengo refiriendo. Sólo me interesa probar sin ningún afán polémico que ni España, ni Holanda, luchaban por la libertad de conciencia. Esa pugna no se diferencia sustancialmente de la sostenida por Carlos V y por Felipe II en el resto de Europa. Los protestantes aspiraban al dominio religioso de Europa. Los monarcas españoles al mantenimiento de una fe que era ya milenaria. En Alemania el principio protestante "cuius regio eius religio" facultaba al príncipe para imponer su fe a los súbditos. Los desidentes tenían que someterse o emigrar. Todavía menos que los luteranos alemanes, los calvinistas holandeses, el partido más activo de la Heterodoxia, soñaban en la libertad de conciencia. No lo permitía su teología según la cual ellos eran los únicos elegidos, los demás quedaban para el diablo. Tampoco su doctrina política que entregaba el Estado aun en los asuntos temporales, a discreción del consistorio y de la asamblea de los presbíteros. La "República policálica" de Calvino regía hasta las más mínimas reconditeces de la vida familiar.

En los Países Bajos no se luchaba por decidir quién iba a ser el dueño de tan ricos territorios. Se trataba de quién iba a ser el amo de Europa. Y fué precisamente en las lagunas bálticas y a costa de sus habitantes donde se vino a resolver el gran problema de la balanza de poder entre las naciones y las creencias.

Con esta perspectiva vió el conflicto el historiador belga E. C. de Gerlache que escribía su Historia del Reino de los Países Bajos al poco tiempo, de consumada la Independencia de Bélgica. (1). Así se entiende que la actitud intolerante —co-

mo veremos— de los calvinistas holandeses frente a los católicos fuera una consecuencia natural de sus doctrinas y de la aspiración al poder absoluto. Y eso que eran una minoría insignificante en comparación con los católicos, pues al finalizar el siglo XVI justamente alcanzaban a constituir la décima parte de la población en una provincia “reformada” como la de Holanda. Y en las provincias del sur su número era todavía muy inferior.

#### Los primeros saqueos calvinistas.

Recordemos los primeros tumultos desencadenados por el Calvinismo en 1564. Los Estados habían obtenido después de continuas presiones el retiro del Cardinal Granvela. Privada del consejo de ese gran político Borgoñón la hija bastarda de Carlos V y Gobernadora Doña Margarita no pudo contener los desafueros de las masas. El saqueo comenzó en Flandes. En sólo diez días un centenar de Iglesias fueron destruidas o saqueadas. Fruto legítimo de la intolerancia calvinista. Según su teología el culto de los Santos era idolátrico. Había que derribar los ídolos. En pocos días quedaban reducidas a escombros las mejores obras del genio artístico de Europa, la obra de los imagineros, de los tallistas, de los iluminadores de manuscritos. Bien sabemos cómo guarda Europa con tanto celo los manuscritos miniados que pudo salvar como tesoros de sabiduría de arte. Para el calvinista eran frutos de pecado porque llevaban imágenes de Santos! El calvinismo se creía una fuerza nueva, iluminada que Dios destinaba a la destrucción de la Babilonia levantada por los Papas. Sobre sus ruinas levantarían la verdadera ciudad de Dios.

Que esa furia iconoclasta no fué una explosión pasajera de las masas nos lo dice un historiador tan autorizado como el Profesor de Historia Holandesa en la Universidad de Londres. P. Geyl afirma que todo estaba preparado en los consistorios y asambleas de presbíteros; eran los mismos ministros tan fanáticos como Guy de Bray y Peregrin de la Grange los que los dirigían; “era una obra auténticamente calvinista, brava y honesta que no podía frenar ningún respeto a arte o a la belleza; se seforzaban por purgar la tierra de los elegidos de Dios de los diabólicos ornatos de la idolatría y por derribar de un golpe el pasado milenarío (2).

Gerlache nos ha recogido una carta

de Margarita a Felipe II que retrata admirablemente la actitud calvinista:

“en alguna de esas Iglesias se celebran a veces todavía misas en voz baja, como a escondidas; todos sus escombros yacen por tierra y sus altares destrozados; no tienen los sacerdotes seguridad para conversar, ni los monjes y religiosos para permanecer en los claustros. Todos van ahora sin tonsura ni visten traje talar. No se atreverían ya a predicar en público. Sólo los herejes dogmatizan libremente y se sienten seguros. Como saben que vuestra Majestad no querrá tolerar sus excesos, ya se aprestan a llevarlos a su fin. Cada uno usa la libertad que él quiere; que digo libertad! hay libertad para todas las religiones, excepto para la católica” (3).

Me he detenido en esa primera exaltación calvinista por que fué enfermedad crónica que se repetía cada vez que el gobierno central se sentía débil o después que protestantes y católicos firmaban un compromiso. La respuesta de Felipe II no se hizo esperar. Por las campañas, por los ríos, de molino en molino se iba corriendo una voz: que viene el duque de Alba! Álvarez de Toledo siempre había abogado en el Consejo del Reino por la represión violenta de la herejía en los Países Bajos. El tribunal llamado por el pueblo “Consejo de Sangre”, con poderes discrecionales, fué una creación típica de Alba. Sin embargo, todo historiador desapasionado tiene que reconocer que su régimen fué una anomalía en el reinado de Felipe II. (4). Sus sucesores Requesens, Austria y sobre todo Alejandro Farnesio en circunstancias normales habrían cumplido una labor ejemplar. No tratamos de enjuiciar el régimen español. Ya hemos admitido que se peleaba con ferocidad. Y añadimos que el calvinismo maniobró con una habilidad y una audacia características de las minorías que puján por el dominio supremo en la religión o en la política. No perdían ocasión de apoderarse de los municipios y de los Estados. Una vez instalados en ellos hacían caer sobre los católicos aunque hubieran militado contra Alba, todo el peso de su tiranía teocrática.

#### La teocracia calvinista:

Acababan de firmar el 5 de nov. de 1576 la célebre Pacificación de Gante por la que si obtenían libertad para el ejercicio de su culto se comprometían a su vez a respetar la religión católica en las otras provincias. Ya dijimos que aun en la provincia de Holanda los calvinistas

constituían una minoría muy reducida. El Profesor Geyl, después de decirnos que justamente alcanzaban el 10 por ciento de la población, se pregunta: "Cómo se las arreglaron para retener la supremacía que lograron por sorpresa en 1572?" Amparados en el poder cayeron una y otra vez sobre los bienes eclesiásticos. Nuevamente los católicos hubieron de sufrir el saqueo de sus Iglesias y la eliminación de sus magistrados. Ministros exaltados como Hembyze y Ryhove alimentaban el fuego del populacho con textos de la Escritura. Los historiadores han recogido la voz de Konik que tronaba sobre los escombros contra la Babilonia Papista "que no podrá ser anihilada sino a fuerza de un caos también babilónico". En las Comunidades calvinistas Juan Casimiro Elector Palatino, que demolía conventos con su chusma abigarrada, era tenido por hombre de Dios; en cambio al Taciturno que no actuaba con tanta violencia contra los católicos se le consideraba como ateo y mundano.

El P. Morau S. J. ha hecho un estudio muy documentado restringido a los Países Bajos meridionales y únicamente de los 130 miembros del clero que fueron allí bárbaramente martirizados. (5). Los himnos de los primeros mártires católicos volvieron a resonar en los labios de aquellos ejemplares sacerdotes perseguidos por el calvinismo. En la noche del 16 de abril de 1572 llegaban los "pordioseros", como quien dice, los "sans culottes" de Guillermo de Orange a la parroquia regentada por Pierre Janssen. Al punto le exigieron que entregara la plata que tuviera. —Soy pobre— les respondió— siento no tener nada que os pueda dar. La soldadesca le golpea y derriba: por lo menos reniega de tú fe! Al recibir su negativa por respuesta un soldado le cortó de un hachazo la cabeza. Su criado aseguraba más tarde que le había oído recitar aquellos versos de Prudencio: "Somete, si puedes la fe a las torturas la cárcel, las uñas aceradas, los tormentos las lenguas crepitantes de las llamas la misma muerte, la última de las penas, es para el cristiano un pasatiempo" (6).

Entre los más fanáticos de los lugartenientes de Orange ocupa tal vez el primer puesto el Señor de Lummen, Guillermo de Lamarck: a trote recorrió las riberas del Mosa llevando amarrado a la cola de su caballo al monje de Gembloux hasta que agotado lo hizo arca-bucear en las afueras de Seraing. También a su espada debe la Iglesia los santos mártires de Gorcum canonizados por Pío

IX (7). La narración de las torturas prolongadas a las que estuvieron sometidos ha llenado demasiadas páginas como para que aquí nos detengamos a describirlas.

Quede pues en conclusión que los holandeses no peleaban en manera alguna por la libertad de conciencia. Los católicos luchaban por la libertad de su religión. Los protestantes por la libertad de su culto. Pero una vez que se habían apoderado de los municipios y de los Estados les negaban a los demás la libertad que ellos habían reclamado para sí. Así lo había previsto con clarividencia femenina doña Margarita. Con idénticas palabras se expresaba más tarde el poeta Spieghel cuando se desató la persecución calvinista en 1579:

"Aquellos que antes sólo pedían la  
(libertad  
ahora que la tienen la niegan a los  
(demás)".

Y Geyl nos dice que el poeta y filósofo Cornhert estaba alarmado al ver cómo los Reformados conscientes de constituir con mucho el partido "minoritario" se encaminaban a una represión todavía más feroz de las mayorías católicas (8).

Pronto se despertó la conciencia política en los Estados de Hainaut y demás provincias walonas que ya no podían dudar de su suerte de caer en manos de la minoría calvinista. No tenían otra alternativa que unirse o perecer. Así se formó la Unión de Arrás 15 días antes de que los del norte constituyeran la Unión de Utrech. El fraccionamiento del país fué el fruto amargo de la rebelión protestante. Imposible seguir todas las peripecias de la historia política de los Países Bajos. Sólo como confirmación de la tesis que vengo sustentando no dejaré de anotar que en pleno siglo XIX la intolerancia holandesa respecto del catolicismo fué la que provocó la independencia de Bélgica en 1830. Frente a otro Guillermo de Nassau se levantaron entonces barricadas en las calles de Bruselas. Tampoco deja de ser significativa al respecto la actitud de la minoría calvinista de origen holandés en la Unión Sudafricana de nuestros días. Pero lo más curioso del caso es que el Dr. Malan dirigente máximo de la política discriminatoria es un teólogo y se apoya en principios calvinistas para perseguir a las mayorías negras.

Meditando sobre estos hechos históricos me parece que uno llega a convencerse de que la línea divisoria de las dos vertientes: la tolerancia holandesa y el

fanatismo sepañol, no es tan precisa como aparece en las palabras de Picón Salas. Si mal no le interpreto, Picón Salas ve una prueba de la tolerancia holandesa en el hecho de haber sido ese país, en los siglos XVI y XVII, asilo "de los intelectuales perseguidos de toda Europa". Con perdón de nuestro escritor nacional tengo que confesar que ese argumento no tiene para mí ningún valor. Nadie negará que aun hoy día Rusia ha sido puerto seguro para millares de comunistas de todos los países europeos. En los siglos XVI y XVII todos los países europeos sufrieron movimientos migratorios por causas religiosas. España acogió con los brazos abiertos a sus hermanos de Alemania, de Inglaterra, de Irlanda. La bolsa escuálida de Felipe II tuvo siempre algún doblón con que costear la carrera a universitarios perseguidos en su país de origen. Los Colegios Irlandés y Escocés de Valladolid como el Germánico de Roma supieron de su munificencia. Tendríamos que remontarnos a esos Colegios para hallar el primer intento de Universidad de la Europa Libre como la que en nuestros días funciona en París para estudiantes y profesores huídos del Oriente europeo.

#### **Cultura holandesa y oscurantismo español.-**

Si, como hemos dicho, no hubo tolerancia religiosa en Holanda, difícilmente, se podrá atribuir a la libertad de conciencia el grado de cultura que ese país admirable llegó a alcanzar. Pero aun concediendo gratuitamente que los holandeses fueran evangélicamente tolerantes no creo que la cultura española en los siglos inquisitoriales quede mal parada en la comparación. Basta consultar los elencos de las universidades de esa época y comparar en número y dimensión europea los profesores españoles y holandeses, en Bolonia como en París y en Ingolstadt. Dudo que Vitoria y Suárez sean unos enanos junto a Grotio, por no citar sino el nombrado por Picón Salas. Algunos méritos debieron contraer para que se les considere como los padres del derecho internacional. Por más razones filosóficas que militen a favor de la libertad de conciencia el historiador tiene que enfrentarse al hecho de que la cultura española alcanzó su valor universal precisamente en los años inquisitoriales.

Pero nos interesa más el cotejo de los frutos obtenidos por Holanda y España en sus respectivos territorios ultramarinos.

Pienso en nuestra antigua Capitanía

General de Venezuela en vísperas de la Independencia, con su escasa población de 900.000 habitantes según los cómputos de un plan de conquista propuesto al gobierno inglés. Pues bien, si no fuera demasiado atrevimiento de mi parte yo le invitaría a Picón Salas a comparar en calidad y en número los hombres de nuestro Congreso Constituyente en 1811 con cualquier asamblea que pueda reunirse en una colonia moderna de población igual a la nuestra de entonces. No me puedo persuadir que Trinidad y Guayana Británica con su población global de 950.000 habitantes estén a punto de alcanzar el relieve que en lo político y cultural adquirió Venezuela con su trilogía de insignes: Miranda, Bolívar y Bello. Y sin embargo no fué Venezuela la colonia más beneficiada por el régimen español.

Muy brillante aparece la creación de España en América si se compara todo el complejo de sus Virreynatos, Capitanías, y Gobernaciones, con las colonias modernas de población semejante. 18 millones de habitantes daba a Hispanoamérica el jesuita Vizcardo y Guzmán en uno de sus papeles que dejó en Londres. En cambio uno de los comisionados que firmaron con Miranda el manifiesto de París hacía subir esta cifra a 20.000.000. (9) Tomemos ese magnífico bloque hispanoamericano en su unidad de entonces, no a pedazos como solemos hacer hoy en día, con visión casi provinciana. Ellos se sentían compatriotas. Compatriotas les llamaban en Europa hasta el punto que a veces a Miranda se le llamaba "el peruano". Tenemos, pues, derecho a imaginar reunidos en un magno congreso constituyente a todos los próceres desde México (no digo el Río Bravo) hasta la Tierra del Fuego. ¿Qué colonia moderna puede presentar un equipo de egregios tan numeroso y brillante? Y eso que aquella población estaba diseminada, distanciada por gigantescos costillones de montañas, sin los medios de comunicación que las modernas colonias tienen a mano como vehículos de la cultura y del progreso.

En cambio ¿qué ha dejado Holanda al retirarse de Indonesia? Compárese su huella en Java o Borneo con la marca hispánica impresa en Filipinas cuya Universidad de Santo Tomás, regida por los Dominicos Españoles, es el faro más luminoso de la cultura occidental en Oriente. Qué significan hoy día Curazao y Surinam comparadas con la constelación de pueblos que entregó España en el siglo pasado? Y eso que Holanda ha go-

zado de siglos de paz para dedicarse a su obra colonizadora mientras que España no tuvo sosiego, acosada en Europa, siempre amenazada en América.

No olvidemos por otra parte que el proceso cultural de nuestra América sufrió un rudo golpe con la expulsión de la Compañía de Jesús, precisamente uno de los cuerpos más activos en la defensa de la fe contra la Heterodoxia. Aun con peligro de aparecer que trabajo *pro domo mea*, ya que sin merecimientos de mi parte Dios me alistó en la Compañía de Jesús, tendría que apuntar aquí que historiadores y sociólogos no han destacado todavía suficientemente el impacto que la salida de los jesuitas produjo en la paralización de empresas de cultura que tardaron muchos años en recuperarse. Tengo delante el informe que en Abril de 1806 escribió William Walton a Lord Grenville sobre la ocupación de la América nuestra. Demos por descartado que los ingleses, contra lo que muchos piensan, son muy dados a exagerar las ventajas y desventajas de las empresas, virtudes y defectos de personas e instituciones. Pues bien Walton refiriéndose a los jesuitas dice que sólo en México y Perú tenían ciento diecisiete colegios y casas dedicadas a la enseñanza con más de 4.000 estudiantes los cuales un gran número eran educados gratuitamente y muchos otros sólo pagaban una reducidísima pensión. Y continúa:

“su expulsión fué una pérdida muy seria para toda la población y hubo de ser profundamente sentida por todas las clases sociales, particularmente por aquellos que se habían beneficiado de sus instrucciones. La expulsión de los jesuitas fué tenida como la medida más impolítica, violenta y precipitada; sobrepasaban a las otras órdenes clericales como predicadores y educadores de las clases bajas de todos los pueblos, como también en la educación, formación y desarrollo de los jóvenes destinados a ocupar el rango y posición más elevada en la vida, en la nobleza, la hidalguía, la Iglesia, la medicina, el derecho y demás profesiones liberales” (10).

El inglés sugería a continuación el restablecimiento de la Compañía de Jesús en América en cuanto fuera ocupada por las tropas inglesas. No me interesa ahora detenerme en este punto. Quede ya en claro que a pesar del rudo golpe que sufrió nuestro desarrollo cultural nuestro Continente ofrecía a Europa un equipo de hombres excelsos que cualquier

conjunto colonial envidiaría en nuestros tiempos.

#### **Resistencia a la agresión.-**

Otra consecuencia apuntaba Picón Salas de la tradición báltica en la defensa de la libertad de conciencia: su resistencia a la agresión y a los bestiales mitos de poder. En efecto convenimos en que la resistencia holandesa a la agresión nazi fué heroica. Pero prescindiendo del vigor con que España se defendió de la agresión Napoleónica y rechazó los no menos bestiales mitos de poder del comunismo hallamos en nuestra América tan dignos ejemplos de vigor y resistencia. Nos bastaría comparar la bravura con que se defendió Buenos Aires contra Popham con el modo como se entregó la colonia holandesa del Demerara y Essequibo en 1796. No me parece que la cultura católica y de raíz hispánica tenga que envidiar a otras en capacidad de resistencia. Cerca de nosotros tenemos el ejemplo de Puerto Rico. Para decirlo con frase vulgar, los EE. UU. no han sido capaces de ponerle el cascabel al gato, cuando las antillas vecinas de nuestro hermano menor están llenas de cascabeles. Defendamos o ataquemos la libertad de conciencia el historiador reconoce que no hay mejor cemento de la nacionalidad que la unidad de la fe.

En los momentos críticos es cuando se pone a prueba la personalidad política de las naciones, que se traduce en la resistencia a ser digeridas por las potencias extrañas. Hispanoamérica superó esa crisis en el período que corre entre la infancia de nuestros precursores y la definitiva Independencia. Inglaterra trabajaba llana y simplemente por la conquista de nuestro Continente antes de que España arriara su bandera. La correspondencia oficial de la época abunda en el tema hispanoamericano. Nada mejor que los documentos ingleses nos puede decir por qué los hispanoamericanos se resistían con tanta bravura a los ejércitos de Su Majestad.

Pues bien; he tenido la oportunidad de leer una serie de esos informes y puedo asegurar que la principal causa a la que atribuyen aquella resistencia es la conciencia católica que ellos llaman “prejuicios contra la religión de los ingleses”. Así lo dicen v. g. de Buenos Aires a raíz del desembarco, como también de Venezuela cuando se ofreció el proyecto de conquista del Orinoco en 1807. Debió ser tal la resistencia que ofrecía el catolicismo a sus empresas de conquista que Lord Holland al expresar su opi-

nión sobre el modo de conquistar a México llegó a sugerir a Lord Grenville en carta del 7 de diciembre de 1806, el empleo de tropas irlandesas que por sus creencias católicas podrían ser más aceptables para los mexicanos. El proyecto debió parecerle estupendo a Grenville, entonces Secretario de Estado, pues antes de dos semanas escribía a W. Elliot que pensara sobre el asunto y le pedía que le presentara pronto un plan concreto. Escasamente habían transcurrido nueve días cuando el Secretario de Estado volvía a tratar, ahora detenidamente sobre la manera de enrolar a los irlandeses bajo promesa formal de concederles en Hispanoamérica libertad para el ejercicio de su fe católica. Si hubiera dificultad —continúa la carta al duque de Bedford— de hallar suficientes oficiales, se completarían los cuadros con católicos ingleses. (11)

Si bien la historia no trata de los posibles, no es difícil adivinar cuál habría sido la suerte de Hispanoamérica si la crisis de principios del siglo XIX la hubiera sorprendido dividida en taifas religiosos. Ingleses y Holandeses se habrían frotado las manos si en vez de una cerrada resistencia católica a la Heterodoxia, hubieran tenido dentro del castillo interior hermanos de religión que les abrieran las puertas. Y conste que entonces no se presentaba la herejía con la audacia y voluntad de vencer que había desplegado en el siglo XVI cuando la piratería morodeaba en nuestras costas y la personalidad de nuestras nacionalidades era apenas germen y barrunto de la actual creación hispanoamericana cuyo destino se anuncia ya con signos tan inequívocos.

Resumiendo lo que llevamos dicho, concluimos que Holanda no luchó por la libertad de conciencia. El protestantismo holandés que a fines del siglo XVI y después de apoderarse del poder era aún exigua minoría, se impuso sobre los católicos por la fuerza. (12) Si bien España defendió el catolicismo con las armas, tenía por lo menos tanto derecho como los holandeses para hacer uso de ellas, pues defendía la religión de las mayorías. Defendía una fe que no se basaba en la autoridad de un Calvino o un Lutero sino en quince siglos de historia; una fe que no era sólo esperanza y propósito de obra civilizadora —lo más que podía ofrecer el protestantismo— sino una civilización, magníficamente lograda, que había creado a Europa. En ese forcejeo constante y apasionado entre una

cultura hecha y otra en proyecto, lo menos que pudo haber hecho España fué evitarle al Mundo Nuevo en formación los traumas que las guerras de religión estaban produciendo en Europa. En el cotejo con la obra civilizadora de la Heterodoxia, Hispanoamérica —añadamos por una vez a Filipinas— no tiene rival. El contraste convida a releer las páginas de Balmes sobre el Protestantismo comparado con el Catolicismo.

**Pablo Ojer S. J.**  
Heythrop College (Inglaterra)

(1) E. C. de Gerlache: "Histoire du Royaume des Pays Bas". 2ª Ed. Bruselas. 1842.

(2) P. Geyl "The Revolt of the Netherlands (1555-1609)" 2ª ed. Londres 1945. pág. 93.

(3) de Gerlache o. c. pág. 92.

(4) Así opina Gerlache quien no perdona a los españoles los atropellos cometidos en los Países Bajos.

(5) E. de Morau S. J.: "Pretes Belges tués par les gueux 1566-1582" en "Nouvelle Revue Theologique" sep-oct. 1947. Del P. Morau es también el capítulo VI del vol. 16 en la magnífica "Histoire de l'Eglise" publicada en 1950 bajo la dirección de Agustín Fliche. Corresponde ese capítulo a los conflictos religiosos en los Países Bajos hasta la Unión de Utrech.

(6) "Extorque si potes fidem,

Tormenta, carcer, unguiae

Stridensque flammis lamina

Atque ipsa poenarum ultima

Mors christianis ludus est".

(7) El grupo de Mártires de Gorcum comprende: 11 Franciscanos, un dominico, un canónigo regular de San Agustín, dos Premonstratenses y cuatro sacerdotes seculares. Martirizados en La Brielle, a cinco o seis leguas de La Haya el 9 de julio de 1572.

(8) Geyl o. c. pág. 178.

(9) "The Edinburgh Review or Critical Journal" vol. 14-julio de 1803.

(10) "Historical Manuscripts Commission -Report on the manuscripts of J. B. Fortescue, Esq. vol. X.

(11) "Historical MSS. Commission" -Fortescue vol. VIII.

(12) Un convertido holandés nos decía en Londres que los protestantes de su país conscientes de su intolerancia secular, y sin que los católicos den motivo para ningún temor, están ya temiendo el día en que éstos constituyan la Iglesia mayoritaria.